

Alain Touraine

“Hay que pasar de una escuela de la oferta a una escuela de la demanda, orientada hacia el alumno”

Este sociólogo francés constata la desaparición de la sociedad. El mercado ha ganado la batalla y las instituciones se han venido abajo, dice en su última obra, *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*. Ahora, ya no hay actores ni relaciones sociales. Hay individuos, solos, aferrados a su derecho a ser ellos mismos frente a cualquier dominación. A estos individuos los identifica con los alumnos. Y la escuela la concibe como la institución básica de este nuevo mundo, a la que hay que exigirle que reconozca la singularidad de cada niño para ayudarlo a ser un individuo libre e independiente.

JUDITH CASALS CERVÓS

Periodista.

Fotografías de Montserrat Fontich

La descomposición de la sociedad, que usted analiza en su última obra, se refleja muy bien a través de una escena que usted reproduce: un encuestador pregunta a un joven en situación de precariedad laboral cuál es la categoría social a la que más odia. “La policía, en primer lugar”, responde. “¿Y después?”. “Los enseñantes y los trabajadores sociales. Porque nos mienten. Nos obligan a integrarnos en una sociedad desintegrada”.

No quiere decir que sólo sea culpa de los enseñantes o de los trabajadores sociales, sino de todos en general, de la Administración, de la sociedad y de la creencia según la cual se supone que hay que socializarse, que es una cosa positiva. Pero el joven añade lo fundamental: que la sociedad está desorganizada, desintegrada, y que bajar al infierno no es lo mismo que subir al paraíso.

Lo que quería preguntarle es si este desengaño explica las revueltas que se vivieron en las banlieues de París.

Creo que sí, porque las protagonizaron jóvenes que son parte de la sociedad, están integrados, son ciudadanos, hablan francés, miran la televisión, van a la escuela del país en el que viven, pero, al mismo tiempo, y cada vez más, se sienten rechazados y estancados, porque no ven opciones para progresar. Además, sienten la necesidad de apoyarse cada vez más en una comunidad familiar, lingüística o religiosa, lo que a veces conduce a



un movimiento de reislamización muy importante y, en muchos casos, muy conservador. Todo esto significa que hay un comportamiento de pérdida de integración dentro de la sociedad.

¿La integración ha sido más aparente que real?

Es la situación inversa, de desintegración de los integrados. Son personas que están integradas, no hay que olvidarlo, pero lo están en una sociedad tan desintegrada que viven del robo, la droga, el trabajo informal. Es una situación casi de suicidio.

*El alumno va a la escuela
para ser él o ella,
para construirse*

¿Por eso recurren al vandalismo?

Sin entrar en el hecho de que delinquen, porque obviamente quien quema un vehículo es un delincuente, hay que entender que el comportamiento de estos jóvenes no es un movimiento social, es una expresión de odio y destrucción hasta el punto

de que prenden fuego al coche de su vecino o de su padre, o a la escuela y al gimnasio a los que han ido, y de cuya inauguración se alegraron, en su día. Es una expresión sin organización, sin ideología, sin discurso, sin liderazgo. Es una expresión puramente negativa. Su planteamiento es: "A esta gente que dice que me acoge y me integra, yo le digo que miente y que la odio". Es una conducta de crisis, de ruptura, de desintegración.

¿Cuáles son las causas de esta desintegración de la sociedad?

Básicamente es un efecto de la globalización, entendida no solamente como la internacionalización de la producción y los intercambios, sino sobre todo como una forma extrema del capitalismo, que ha separado lo económico de lo social. El resultado es el fin de la concepción social de la sociedad tal como la hemos entendido hasta ahora, porque lo social sin base económica es como una máquina sin petróleo. Esta globalización comporta una caída de todas las instituciones y la desaparición de las relaciones sociales vinculadas a la economía o a la producción.

*La escuela es la célula fundamental de nuestra sociedad.
El resto son apéndices*

Usted advierte, en la introducción de su libro, que esta idea de destrucción de lo social sorprenderá al lector o le parecerá difícil de comprender. ¿Cree que cuesta asimilarla?

Todavía no estamos acostumbrados a pensar en términos tan radicales como el de desaparición de lo social. Pero hay que sumergirse lo máximo posible en esta idea. Ya sucedió con la Revolución industrial, cuando la realidad dejó de explicarse en términos políticos e irrumpieron el capitalismo, la lucha de clases, la miseria urbana... El paradigma

político fue entonces sustituido por el paradigma económico y social.

¿Y ahora es éste el que ha quedado obsoleto?

El paradigma económico y social ya no sirve para explicar el mundo actual porque cuando hablo de la desaparición de lo social no me refiero solamente a las clases sociales y a las relaciones sociales, sino también a la democracia representativa, a la organización urbana y a las instituciones que hasta ahora entendíamos como socializadoras, como es el caso de la familia y de la escuela. Lo que ahora reina es la despersonalización. El mundo del capitalismo está absolutamente despersonalizado.

¿Quiere decir individualizado?

En cierta manera el mundo actual es una *network*, como dice Manuel Castells. No hay centro, hay una red, un sistema. La sociedad ha desaparecido y nos sentimos rodeados por fuerzas impersonales e incontroladas, como el mercado y la guerra. Y en esta situación ya no podemos apoyarnos en la búsqueda de una meta, de una sociedad ideal, que sería, por ejemplo, una manera de solucionar los conflictos de trabajo. Si hay una lucha política, puedo imaginar una democracia o una sociedad sin reyes o sin príncipes. Si hay conflicto de clases, puedo imaginar una sociedad sin clases. Ahora no puedo, porque no hay relaciones sociales, no hay conflicto y no hay ideal. Creo que esta vez hemos perdido la dirección del paraíso.

¿A qué se refiere?

Cuando hablo de desaparición o de destrucción, no me refiero solamente a la existencia de lo social, sino también a la pérdida o a la ausencia de referencias. Dicho de otro modo, la destrucción de lo social no se produce sólo en términos de instituciones sociales, sino también de experiencia personal. La experiencia personal ya no se expresa en términos de categorías sociales, como yo soy miembro de, yo soy parte de. Ya no soy miembro ni de un grupo ni de una categoría ni del eje de un conflicto social.

¿El individuo ya no se integra en ninguna colectividad?

¡Es que no hay colectividad! Todo eso se va.

¿Tampoco en términos culturales?

Yo vivo en un ambiente, por ejemplo, con más información norteamericana que española o catalana, veo películas coreanas o chinas o japonesas, como pizzas italianas y discuto sobre lo que pasa en Israel. Bueno, yo puedo jugar o soñar con la idea de que me definen una serie de identidades, pero es falsa. Puedo, por razones de comodidad, definirme como francés, profesor, de clase media, de cierta edad. Pero si trato de definir qué significa eso, es muy difícil. Ya no tiene un sentido claro. Estamos viviendo en una situación en la cual hay muy pocas categorías que tengan realidad.

¿Qué somos, entonces?

En esta situación, que describo de manera totalmente negativa, advierto que estoy solo. Estoy en una situación de aislamiento e individualización total. ¿Y qué puedo hacer? Pues, puedo tocarme los brazos [se abraza a sí mismo] y buscar un significado a mi soledad, a mi singularidad.

¿Cómo?

Utilizando el vocabulario sociológico clásico, si ya no me defino por mi *achievement*, es decir, por lo que he hecho, puedo definirme por mi *adscriptio*, esto es, por lo que soy. Soy una mujer, soy un hombre... Ésta es la reacción. Estamos viviendo con mucha intensidad una vuelta a la neoadscripción. La única manera aparente de darme una realidad es redefinirme enteramente en términos antiindividuales, es decir, de transferir la individualidad de mi caso a categorías como el género, la edad, la raza, la religión, el lenguaje, el tipo genético, etc.

¿Éstas son las categorías que han sustituido a las sociales?

El escenario actual, vaciado de las categorías vinculadas a la acción social, se llena de categorías vinculadas a la existencia, no a la experiencia,

sino a la existencia en la medida en que ésta determina la experiencia. Hablamos de género, de religión... y estamos ante una definición antropológica, pero ya no sociológica. La realidad más fundamental de nuestro tiempo es que en lugar de haber lucha de clases hay luchas religiosas. Si yo pregunto a alguien cuál es el problema más visible del mundo de hoy, dirá que es el del mundo islámico contra el mundo occidental, y mañana será el de esa masa china que está emergiendo. Yo creo que ése es realmente el aspecto negativo.

No parece optimista.

Hay que tener una visión brutal, dramática, de este mundo sin actores, de este mundo totalmente dominado por choques entre gigantes, entre categorías míticas, como las religiones o las razas -sí, razas, por qué no, es una excelente definición-. Yo hablo mal de esta visión del mundo, pero tengo la esperanza de que haya otra cosa.

¿Qué otra cosa?

Pues que este individuo del que hablamos, que está solo, que se toca los brazos [vuelve a abrazarse], que tiene frío o calor, que tal vez ni siquiera tiene sexo, busque algo que dé sentido a su existencia. Mi pobre individuo mira al cielo, pero está totalmente oscuro y no ve a Dios ni encuentra ninguna otra referencia, y finalmente baja la cabeza, mira su cuerpo y se da cuenta de que la única legitimidad, la única base de su existencia, la única manera de darse sentido es ser individuo.

Es lo que usted denomina "el sujeto".

El sujeto es la voluntad, la afirmación del individuo de su derecho a ser individuo. Porque ser individuo no es un hecho; es un derecho. Es una afirmación absoluta del individuo contra la sociedad, contra la estructura, y especialmente contra las comunidades, las iglesias, los dioses, las ideologías.

De modo que el sujeto, que en su libro define como liberado de la sociedad que lo condenaba a definir-

se por su situación social y a asumir una serie de roles, también ahora opone resistencia.

Claro. Lo que defiende es una visión totalmente hacia adentro, de un individuo que quiere definirse a sí mismo desde dentro, sin referencia a nada exterior. Las relaciones sociales ya no dominan la organización, pero tampoco, ni mucho menos, la neoadscripción de la que hablaba. El conflicto actual se da entre estas neoadscripciones, que yo llamo comunitarismos, y mi individuo, definido por su singularidad. Puede ser que este individuo se quede abandonado, ignorado, y que se muera como un animal. Pero también puede ser que tome conciencia de la realidad que lo rodea y se decida a hacer algo, se decida a afirmarse y a defenderse. Sobre todo a defenderse. El individuo tiene el derecho de defender su existencia, su dignidad. En ese caso, habrá una redefinición de las metas, de los valores y de las normas, a partir del individuo solo, que no tiene otra fuente de significado que ser un individuo. Y a medida que se encuentre con otros individuos reinventará una moral, que después se transformará en ética de una manera u otra en situaciones concretas. Pero su único principio es la defensa, la afirmación del derecho del individuo a ser individuo. Es una definición totalmente no social, o mejor dicho, postsocial.

¿Cómo es la escuela de este mundo postsocial? Usted dice que ha sido una agencia de socialización y que debe dejar de serlo.

La misión principal de la escuela no debe ser formar trabajadores y ciudadanos. La escuela no debe estar al servicio del mercado de trabajo y de la ciudadanía, sino ser una finalidad en sí misma. No sé si se da cuenta de que el individuo del que he estado hablando es el alumno en su escuela, que se siente solo y que está ahí para ser él o ella, para construirse.

¿Quiere decir que la misión de la escuela es permitir al alumno que se desarrolle como sujeto?

La escuela -no la educación, mejor la escuela- es la institución básica, de la misma manera que en su tiempo lo fue-

Perfil biográfico

"¿Seguro que saben quién soy? ¿No se equivocan de persona?". Alain Touraine bromea cuando, al término de la entrevista, le toca posar para tres fotografías a la vez, primero en el *hall* del hotel y luego en plena Rambla de Barcelona. Es el segundo día de su visita relámpago a la capital catalana para presentar su último libro, *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*. A la mañana siguiente estará de nuevo en París y ya no irá "disfrazado", que es como dice sentirse cuando lleva corbata. En Barcelona no se la ha podido quitar. La agenda ha sido apretada: en menos de 48 horas ha asistido a dos cenas institucionales, ha impartido dos conferencias y ha concedido ocho entrevistas.

Touraine es un sociólogo de referencia, con una larguísima trayectoria. "Lo cual significa que soy viejo", apostilla. Nació en 1925 en la localidad francesa de Hermanville-sur-Mer y se crió en una sociedad industrial, la misma que centró sus investigaciones iniciales. Es la primera etapa de su carrera profesional, consagrada a la conciencia obrera. Luego, a partir de Mayo del 68, orienta sus estudios a los nuevos movimientos sociales. Y en los años noventa deja de lado al actor histórico y social para centrarse en el sujeto personal. Su última obra es la síntesis de este tercer periodo intelectual.

La sociología lo ha absorbido "de una forma un tanto patológica", confiesa en una de sus obras: ha engendrado más de veinte libros y varios centros de estudios sociológicos. Lo ha combinado con la dirección de estudios de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, que asumió en 1960, y con la publicación de innumerables artículos en la prensa, con los que ha entrado de lleno en los debates políticos y sociales de cada momento y que le han dado una proyección más allá del ámbito de la universidad y de su disciplina.

Algunos títulos

- > *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*. Paidós, Barcelona, 2005.
- > *A la búsqueda de sí mismo*. Diálogo sobre el sujeto. Barcelona: Paidós, 2002.
- > *¿Cómo salir del liberalismo?* Barcelona: Paidós, 1999.
- > *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Madrid: PPC, 1997
- > *¿Qué es la democracia?* Madrid: Temas de hoy, 1994.
- > *Crítica de la modernidad*. Madrid: Temas de hoy, 1993.



ron el taller o la fábrica, la iglesia, el Parlamento... Ahora, la célula fundamental de nuestra sociedad es la escuela. El resto son apéndices. Lo que estoy diciendo ahora no lo he dicho nunca. Me refiero a este carácter absolutamente ejemplar y fundamental de la escuela y el alumno. El alumno es emblemático de nuestro mundo, de tal manera que el tema de la educación es para mí más importante que cualquier otro. En la escuela se juegan hoy los aspectos fundamentales de la vida humana. Por eso, la escuela debe reconocer al alumno, a ese individuo en su individualidad, y no en su socialización. ¿Acaso cuando llega a la escuela no está socializado? ¿Estamos diciendo que es un animal? ¡No, por supuesto que no es un animal! ¡Por supuesto que no es un salvaje!

Es decir, que hay que tener más en cuenta al alumno y su historia personal.

Lo que yo digo es que hay que pasar de una escuela de la oferta a una escuela de la demanda. Me refiero a una escuela que no esté orientada hacia la escuela o hacia los maestros o hacia el mercado de trabajo, sino hacia el alumno. Yo diría que el alum-

no es la figura del ser humano más avanzado; es el momento último, es el punto más alto de la vida, de encontrarse en un sistema que tiene sus reglas, pero del que está afuera. El alumno no es la escuela, está fuera de ella. Cuando el alumno acude a la escuela, llega con su personalidad y su individualidad, y de lo que se trata es de negociar, ver qué se puede hacer, oponerse si hace falta. Lo ideal es que el joven (o el alumno de Primaria de 80 años, algo que espero que sea más común de lo que es), que se siente en su singularidad, utilice recursos, conocimientos, relaciones, juegos... una serie de cosas para construirse. Él sabe que su finalidad es ser, yo no diría un adulto, pero sí un ser humano completo, independiente. Hablo de un alumno que tiene la posibilidad de aprender por sí mismo, de aprenderse y de crear.

Usted ha escrito que esto no es posible mientras la escuela siga siendo un santuario de lo público, es decir, que hay que poner fin a la separación entre la vida pública y la vida privada. Incluso digo más. La meta es construir al individuo, y un individuo como el

La relación entre maestros y alumnos tiene más efectos sobre el resultado académico que el origen social

que he descrito, solo y que se toca los brazos y que una vez se los ha tocado se siente un poco aburrido, se va a llenar de relaciones interpersonales, de situaciones sociales, de problemas culturales, del derecho a desarrollarse... Este individuo, a partir de distintos estímulos, va a responder a las situaciones, va a pertenecer al grupo, incluso en la misma escuela se va a encontrar con la autoridad, y con amigos o enemigos, con conocimientos, relaciones, emociones. Por ello, diría que no solamente no hay que separar, sino que la finalidad no es que lo privado venga a dar más vida a lo público, es que lo público sea un instrumento para fabricar lo privado, una realidad privada.

¿Por qué dice que repercute en los alumnos más desfavorecidos no tener en cuenta este ámbito privado?

Esto es elemental. Pongamos que tenemos delante nuestro a dos alumnos, dos jóvenes que tienen dificultades, que están perdidos o que tienen una crisis psicológica. Uno es de una familia de clase media, sus padres han recibido una educación en el instituto o en la universidad y pueden orientarlo. De hecho, le van a dar una serie de informaciones que le dibujarán un mapa de la sociedad. Además, lo van a ayudar. Su madre hará con él los trabajos de Inglés, y su padre lo ayudará con los de Matemáticas, o al revés.

¿Y el otro alumno?

El otro es el hijo de un marroquí que ha llegado hace seis meses y al que nadie va a dibujar un mapa de la sociedad. Al contrario, se va a encontrar en una selva con animales peligrosos y sin saber qué caminos hay ni hacia adónde van. Está perdido y nadie lo ayuda. Además, este chico se levanta a las siete de la mañana para ir a la escuela y es el único de su familia que madruga; los demás se quedan durmiendo porque no tienen trabajo. Es evidente que no hay comparación posible entre este alumno y el otro.

¿Se puede remediar?

Cuando yo estudiaba nunca tuve ninguna relación personal con un profesor. Era la afirmación de la independencia frente al clero, frente a la aristocracia. Bueno, hablo de hace dos siglos [ríe]. Pero en el momento actual, es al revés: esta independencia, que era una cosa positiva, ya no lo es. La sociedad actúa con sus desigualdades, pero el maestro o profesor no puede hacer lo mismo. Imagine que le dice al alumno cuya familia habla mal el español, el catalán o el francés: "Vete al fondo de la clase porque eres demasiado lento y tus compañeros no pueden avanzar". El chico se va al fondo de la clase y finalmente termina en una escuela profesional de bajo nivel o tal vez en un hospital psiquiátrico. En un país como Francia hay un número muy reducido de inmigrantes que ha progresado, y no hablo de la primera generación, sino de las siguientes. ¿Es

que no hay voluntad de que progresen? Es evidente que no, y que el sistema funciona de tal manera que las desigualdades van aumentando.

¿Culpa de ello a los docentes?

Hay un montón de estudios, muy completos, que demuestran que la relación entre maestros y alumnos tiene más efectos sobre el resultado académico que el origen social, que también lo tiene. Pero el origen social sólo representa una tercera parte del resultado, mientras que la comunicación entre el profesor y el alumno explica los otros dos tercios del resultado escolar y de la vida profesional posterior.

Usted ha escrito: "La escuela obtiene mejores resultados cuando los enseñantes se definen más como comunicantes que como enseñantes".

Y que como especialistas de una materia. Es un poco la diferencia que Umberto Eco hace sobre la televisión: una televisión que pone el énfasis en el contenido y una televisión que lo pone en la comunicación. Si el profesor se concentra en la comunicación, que es la meta, los resultados serán mucho más buenos y más sólidos. Frente a la escuela de la socialización de la que hablábamos, yo defiendo la escuela del sujeto, o de la comunicación, que es lo mismo. La clase no debe ser como un bloque, sino como una *network*, una red de relaciones, de situaciones, de incidentes. Cuando, por ejemplo, un alumno se rebela, el docente debe escuchar, intentar entender y hacer que el resto de alumnos también lo entiendan y piensen en los demás. El profesor no debe refugiarse en la disciplina, debe ir más allá. Y no sólo con sus alumnos, también con el resto de profesores. Los docentes deben definirse como miembros de un grupo que se comunica, discute y reflexiona, por ejemplo, acerca de por qué en tal clase Fulano lo domina todo o por qué en la otra son demasiado apáticos o ruidosos.

En esta escuela de la comunicación que tiene tanto en cuenta al alumno y su contexto, ¿hay que reservar algún lugar a la religión?

La cuestión es sumamente complicada, por una razón obvia: cuando se habla de la religión, también se está hablando de las iglesias. Entonces la pregunta es: ¿cuál debe ser la presencia de las iglesias en la escuela? Ninguna, que se vayan, laicidad, por favor. Que se vayan y que no hagan ningún chantaje económico o de otro tipo. Ahora bien, creo que tenemos que recuperar el conocimiento que hemos perdido o que no hemos tenido nunca de lo que es el pensamiento religioso, la experiencia religiosa o la historia de la religión, no importa cómo se llame. Se debe ir más lejos con una actitud positiva en cuanto a la religión, pero estando lo más protegido posible ante las iglesias. No se trata de que un miembro de una religión la enseñe a los alumnos, no se trata de hacer catecismo. El conocimiento del que hablo debería quedar en manos de filósofos, sociólogos o historiadores. Pero ante la idea de que un cura o un imán enseñe en un instituto yo digo no, no, no y no.

Hay que cerrar la puerta a la Iglesia y hablar con ella a través de la ventana

¿Y hay que prohibir las manifestaciones de una creencia religiosa como se hizo en Francia con la ley del velo?

La ley del velo es un problema todavía más complicado que requiere contestar a varias preguntas a la vez. La primera es: ¿Usted es favorable a una expresión pública de la diversidad cultural? Mi respuesta es y ha sido siempre: yo soy favorable. La segunda pregunta es totalmente distinta y se plantea a partir de la impresión, acertada o no, de que hay un auge de los comunitarismos, un mundo neorreligioso cerrado, frente a una tradición laica de la ciudadanía. La cuestión es: ¿Ustedes aceptan un recomunitarismo o defienden esta ciudadanía, aunque sea un poco rígida? Yo defiendo esta ciudadanía, aunque sea un poco rígida. El

problema es que en el momento de aprobar la ley había que decidir cuál era la prioridad. Y yo, favorable a la diversidad cultural, voté a favor de la prioridad dada a la defensa de la laicidad y de la escuela pública. Vivimos en un mundo global y había que dar una señal fuerte al fenómeno del comunitarismo y salir en defensa de los derechos individuales y de la ciudadanía.

¿No se ponía en peligro el derecho a la educación de las niñas y chicas que llevan velo?

Esas niñas querían el velo, pero también querían mantener el acceso a la escuela porque es fundamental. Y no pelearon, no hubo incidentes, no hubo ninguna demostración cultural o religiosa. Eso no significa que el problema de la diversidad no exista. Sí existe, y hay que buscar poco a poco

o rápidamente posibilidades de expresión de la diversidad cultural, pero vivimos en sociedades en las que hay bastantes oportunidades... Yo trabajo en la universidad con mujeres que llevan velo y no hay ningún tipo de problema. En el caso de prohibirlo en la escuela, si lo pienso un poco más, diría que era evidente, que no se podía escoger.

¿Por qué?

Si se hubiera dicho sí al velo, habría habido una insurrección, puesto que el 80% de la población no lo aceptaba. Yo creo que la opinión pública, la situación nacional y la internacional, todo exigía lo que se hizo de manera unánime. Se dio la única respuesta posible. Tengo la impresión de que cada vez hay un mayor control de lo cultural por parte del clero, tanto en la

Lo público es un instrumento para fabricar lo privado, una realidad privada

iglesia católica como en la islámica –aunque en ésta no hay clero como tal-. Este control aumenta, y no lo digo por tradicionalismo ridículo. Y frente a ello, mi prioridad es defender la laicidad, la ciudadanía, la independencia. Yo pensaba que ya no existía en España, pero me han dicho que sí, que hay mucha presión por parte de la iglesia católica. Entonces, por favor, seamos sólidos. Hay que cerrarle la puerta y hablar a través de la ventana.

